



Maurice Leblanc

La Detención De
Arsenio Lupin

E LEJANDRIA



Maurice Leblanc

La Detención De
Arsenio Lupin

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA DETENCIÓN DE ARSENIO LUPIN

MAURICE LEBLANC

**PUBLICADO: 1905
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA DETENCIÓN DE ARSENIÓ LUPIN

¡Qué extraño viaje! ¡Y eso que había comenzado tan bien! Por mi parte, nunca he hecho uno que se anunciara bajo más felices auspicios. El Provence es un transatlántico rápido, confortable, comandado por el más afable de los hombres. En él se encontraba reunida la sociedad más selecta. Se entablaban relaciones, se organizaban entretenimientos. Teníamos esa exquisita impresión de estar separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como en una isla desconocida, obligados, por consiguiente, a acercarnos los unos a los otros.

Y nos acercábamos...

¿Ha pensado alguna vez en lo original e imprevisto que hay en esta agrupación de seres que, la víspera todavía, no se conocían, y que, durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir la vida más íntima, juntos van a desafiar las cóleras del océano, el asalto terrorífico de las olas, la maldad de las tempestades y la calma taimada del agua dormida?

Es, en el fondo, la vida misma, vivida en una suerte de atajo trágico, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y por eso, quizá, se disfruta con una prisa febril y una voluptuosidad tanto más intensa este corto viaje cuyo fin se vislumbra en el mismo momento en que comienza.

Pero, desde hace varios años, sucede algo que añade singularmente emoción a la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de ese mundo del que uno se creía liberado. Subsiste un vínculo, que no se desata sino poco a poco en pleno océano, y poco a poco, en pleno océano, se reanuda.

¡El telégrafo sin hilos! ¡La llamada de otro universo del que se recibirían noticias de la manera más misteriosa que existe! La imaginación ya no tiene el recurso de evocar hilos de hierro por cuyo interior se desliza el mensaje invisible. El misterio es aún más insondable, más poético también, y es a las alas del viento a lo que hay que recurrir para explicar este nuevo milagro.

Así, durante las primeras horas, nos sentimos seguidos, escoltados, incluso precedidos por esa voz lejana que, de vez en cuando, susurraba a uno de nosotros algunas palabras de allá. Dos amigos me hablaron. Diez, veinte más, nos enviaron a todos, a través del espacio, sus adioses entristecidos o sonrientes.

Pues bien, el segundo día, a quinientas millas de las costas francesas, en una tarde tormentosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un despacho cuyo tenor era el siguiente:

«Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabello rubio, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...»

En ese preciso instante, un violento trueno estalló en el cielo sombrío. Las ondas eléctricas se interrumpieron. El resto del despacho no nos llegó. Del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin, solo se supo la inicial.

Si se hubiera tratado de cualquier otra noticia, no dudo de que el secreto habría sido guardado escrupulosamente por los empleados del puesto telegráfico, así como por el comisario de a bordo y por el comandante. Pero hay acontecimientos que parecen forzar la discreción más rigurosa. Ese mismo día, sin que se pudiera decir cómo se había corrido la voz, todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se escondía entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El inasible ladrón cuyas proezas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con quien el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había entablado ese duelo a muerte cuyas peripecias se desarrollaban de forma tan pintoresca! Arsène Lupin, el imaginativo caballero que solo opera en castillos y salones, y que, una noche en que había penetrado en casa del barón Schormann, se marchó con las manos vacías y dejó su tarjeta, adornada con esta fórmula: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos». ¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: chófer, tenor, book-

maker, niño bien, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español!

Hay que darse cuenta de esto: Arsène Lupin yendo y viniendo en el marco relativamente restringido de un transatlántico, ¡qué digo!, en ese pequeño rincón de primera clase donde uno se encontraba a cada instante, ¡en ese comedor, en ese salón, en ese fumadero! Arsène Lupin, era quizá ese señor... o aquel... mi vecino de mesa... mi compañero de camarote...

— ¡Y esto va a durar todavía cinco veces veinticuatro horas! — exclamó al día siguiente miss Nelly Underdown—. ¡Pero esto es intolerable! Espero que lo arresten.

Y dirigiéndose a mí:

— Veamos, usted, señor d'Andrézy, que ya se lleva tan bien con el comandante, ¿no sabe nada?

¡Me habría gustado saber algo para complacer a miss Nelly! Era una de esas magníficas criaturas que, dondequiera que estén, ocupan enseguida el lugar más destacado. Su belleza, tanto como su fortuna, deslumbra. Tienen una corte, fervientes admiradores, entusiastas.

Educada en París por una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el riquísimo Underdown, de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Desde la primera hora, había presentado mi candidatura al coqueteo. Pero, en la rápida intimidad del viaje, su encanto me había turbado enseguida, y me sentía un poco demasiado emocionado para un flirteo cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, ella acogía mis homenajes con cierto favor. Se dignaba a reír de mis agudezas y a interesarse por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la solicitud que le demostraba.

Un solo rival quizá me habría inquietado, un joven bastante apuesto, elegante, reservado, cuyo talante taciturno ella parecía preferir a veces a mis maneras más extravertidas de parisino.

Precisamente formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a miss Nelly cuando ella me interrogó. Estábamos en el puente, agradablemente

instalados en mecedoras. La tormenta de la víspera había despejado el cielo. La hora era deliciosa.

—No sé nada preciso, señorita —le respondí—, pero ¿es imposible que dirijamos nosotros mismos nuestra investigación, tan bien como lo haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh, oh! ¡Se está usted arriesgando mucho!

—¿En qué? ¿Acaso es tan complicado el problema?

—Muy complicado.

—Es que olvida usted los elementos que tenemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero: Lupin se hace llamar señor R...

—Una seña un poco vaga.

—Segundo: viaja solo.

—¡Si esa particularidad le basta!

—Tercero: es rubio.

—¿Y entonces?

—Entonces no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Tenía esa lista en el bolsillo. La saqué y la recorrí.

—Advierto primero que solo hay trece personas cuya inicial las señala a nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. De estos trece señores R..., como puede usted comprobar, nueve van acompañados de mujeres, niños o sirvientes. Quedan cuatro personajes aislados: el marqués de Raverdan...

—Secretario de embajada —interrumpió miss Nelly—, lo conozco.

—El mayor Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta...

—¡Presente! —exclamó uno de nosotros, un italiano cuyo rostro desaparecía bajo una barba del más hermoso negro.

Miss Nelly soltó una carcajada.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —proseguí—, nos vemos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.

—¿Es decir?

—Es decir, el señor Rozaine. ¿Alguien conoce al señor Rozaine?

Todos callaron. Pero miss Nelly, interpelando al joven taciturno cuya asiduidad cerca de ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine, ¿no responde?

Volvimos los ojos hacia él. Era rubio.

Debo confesarlo, sentí como una pequeña sacudida en mi interior. Y el silencio incómodo que pesó sobre nosotros me indicó que los demás presentes experimentaban también esa especie de sofoco. Era absurdo, por otra parte, pues al fin y al cabo nada en los modales de ese señor permitía que se le sospechara.

—¿Por qué no respondo? —dijo él—. Porque, dado mi nombre, mi condición de viajero solitario y el color de mi pelo, ya he procedido a una investigación análoga, y he llegado al mismo resultado. Así que soy de la opinión de que se me arreste.

Tenía un aire extraño al pronunciar estas palabras. Sus labios finos como dos trazos inflexibles se afinaron aún más y palidieron. Hilos de sangre surcaron sus ojos.

Ciertamente, bromeaba. Sin embargo, su fisonomía, su actitud, nos impresionaron. Con ingenuidad, miss Nelly preguntó:

—¿Pero usted no tiene ninguna herida?

—Es verdad —dijo él—, falta la herida.

Con un gesto nervioso, se subió el puño de la camisa y descubrió su brazo. Pero de inmediato una idea me golpeó. Mis ojos se cruzaron con los de miss Nelly: había mostrado el brazo izquierdo.

Y, a fe mía, iba a señalarlo claramente, cuando un incidente desvió nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de miss Nelly, llegaba corriendo.

Estaba trastornada. Nos apresuramos a rodearla, y solo después de muchos esfuerzos logró balbucear:

— ¡Mis joyas, mis perlas!... ¡se lo han llevado todo!...

No, no se lo habían llevado todo, como supimos después; algo mucho más curioso: ¡habían escogido!

De la estrella de diamantes, del colgante de cabujones de rubíes, de los collares y pulseras rotos, se habían llevado, no las piedras más grandes, sino las más finas, las más preciosas, aquellas, se habría dicho, que tenían más valor ocupando el menor espacio. Las monturas yacían allí, sobre la mesa. Yo las vi, todos las vimos, despojadas de sus joyas como flores a las que se les hubieran arrancado los bellos pétalos rutilantes y coloridos.

Y para ejecutar este trabajo, había sido necesario, durante la hora en que lady Jerland tomaba el té, había sido necesario, a plena luz del día, y en un pasillo frecuentado, forzar la puerta del camarote, encontrar una pequeña bolsa disimulada a propósito en el fondo de una sombrerera, abrirla y ¡escoger!

No hubo más que un grito entre nosotros. No hubo más que una opinión entre todos los pasajeros cuando se conoció el robo: es Arsène Lupin. Y, de hecho, era bien su manera complicada, misteriosa, inconcebible... y lógica sin embargo, pues si era difícil ocultar la masa voluminosa que habría formado el conjunto de las joyas, cuánto menor era el estorbo con pequeñas cosas independientes las unas de las otras, perlas, esmeraldas y zafiros.

Y en la cena, ocurrió esto: a derecha e izquierda de Rozaine, los dos sitios quedaron vacíos. Y por la noche se supo que había sido convocado por el comandante.

Su arresto, que nadie puso en duda, causó un verdadero alivio. Se respiraba por fin. Esa noche se jugaron juegos de sociedad. Se bailó. Miss Nelly, sobre todo, mostró una alegría deslumbrante que me hizo ver que, si los

homenajes de Rozaine habían podido agrardarle al principio, apenas se acordaba de ellos. Su gracia terminó de conquistarme. Hacia la medianoche, a la luz serena de la luna, le declaré mi devoción con una emoción que no pareció disgustarle.

Pero al día siguiente, para estupor general, se supo que, al no ser suficientes los cargos presentados contra él, Rozaine estaba libre.

Hijo de un importante negociante de Burdeos, había exhibido papeles perfectamente en regla. Además, sus brazos no ofrecían ni el menor rastro de herida.

— ¡Papeles! ¡Partidas de nacimiento! — exclamaron los enemigos de Rozaine—, ¡pero si Arsène Lupin le proporcionará cuantos quiera! En cuanto a la herida, ¡es que no la ha recibido... o que ha borrado el rastro!

Se les objetaba que a la hora del robo, Rozaine —estaba demostrado— se paseaba por el puente. A lo que ellos replicaban:

— ¿Acaso un hombre de la talla de Arsène Lupin necesita asistir al robo que comete?

Y además, aparte de toda consideración ajena, había un punto sobre el que los más escépticos no podían discutir: ¿Quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y llevaba un nombre que empezaba por R? ¿A quién designaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, unos minutos antes del almuerzo, se dirigió audazmente hacia nuestro grupo, miss Nelly y lady Jerland se levantaron y se alejaron.

Era, a todas luces, miedo.

Una hora más tarde, una circular manuscrita pasaba de mano en mano entre los empleados de a bordo, los marineros, los viajeros de todas las clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarara a Arsène Lupin, o encontrara al poseedor de las piedras robadas.

— Y si nadie me ayuda contra ese bandido — declaró Rozaine al comandante —, yo mismo me encargaré de él.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según el dicho que corrió, Arsène Lupin mismo contra Arsène Lupin, ¡la lucha no carecía de interés!

Se prolongó durante dos jornadas. Se vio a Rozaine errar de un lado a otro, mezclarse con el personal, interrogar, husmear. Se vislumbró su sombra, por la noche, que rondaba.

Por su parte, el comandante desplegó la energía más activa. De arriba abajo, en todos los rincones, el Provence fue registrado. Se registraron todos los camarotes, sin excepción, bajo el pretexto muy justo de que los objetos estaban escondidos en cualquier lugar, salvo en el camarote del culpable.

—Se acabará por descubrir algo, ¿no es así? —me preguntaba miss Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas se vuelvan invisibles.

—Claro que sí —le respondía yo—, o si no, habría que explorar el forro de nuestros sombreros, el de nuestras chaquetas, y todo lo que llevamos encima.

Y mostrándole mi Kodak, una 9x12 con la que no me cansaba de fotografiarla en las actitudes más diversas:

—Solo en un aparato no más grande que este, ¿no cree que habría sitio para todas las piedras preciosas de lady Jerland? Se finge tomar vistas y listo.

—Pero he oído decir que no hay ladrón que no deje tras de sí algún indicio.

—Hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque no piensa solo en el robo que comete, sino en todas las circunstancias que podrían delatarlo.

—Al principio, usted era más confiado.

—Pero, desde entonces, lo he visto en acción.

—Y entonces, ¿en su opinión?

—En mi opinión, estamos perdiendo el tiempo.

Y de hecho, las investigaciones no daban ningún resultado, o al menos, el que dieron no correspondía al esfuerzo general: el reloj del comandante fue robado.

Furioso, redobló su ardor y vigiló aún más de cerca a Rozaine, con quien había tenido varias entrevistas. Al día siguiente, encantadora ironía, se encontró el reloj entre los cuellos postizos del segundo comandante.

Todo aquello tenía un aire de prodigio, y delataba bien la manera humorística de Arsène Lupin, ladrón, sí, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, ciertamente, pero también por diversión. Daba la impresión del señor que se divierte con la obra que hace representar y que, entre bastidores, se ríe a carcajadas de sus agudezas y de las situaciones que ha imaginado.

Decididamente, era un artista en su género, y cuando observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y pensaba en el doble papel que sin duda desempeñaba aquel curioso personaje, no podía hablar de ello sin una cierta admiración.

Pues bien, la antepenúltima noche, el oficial de guardia oyó gemidos en el lugar más oscuro del puente. Se acercó. Un hombre yacía extendido, la cabeza envuelta en una bufanda gris muy gruesa, las muñecas atadas con una fina cuerdecilla.

Lo libraron de sus ataduras. Lo levantaron, se le prodigaron cuidados.

Ese hombre era Rozaine.

Era Rozaine, asaltado en el curso de una de sus expediciones, derribado y despojado. Una tarjeta de visita prendida con un alfiler a su ropa llevaba estas palabras: «Arsène Lupin acepta con agradecimiento los diez mil francos del señor Rozaine».

En realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de mil.

Naturalmente, se acusó al desdichado de haber simulado este ataque contra sí mismo. Pero, además de que le habría sido imposible atarse de esa manera, se estableció que la escritura de la tarjeta difería absolutamente de la de Rozaine, y se parecía en cambio, hasta el punto de confundirse, a la de Arsène Lupin, tal como la reproducía un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, Rozaine ya no era Arsène Lupin. ¡Rozaine era Rozaine, hijo de un negociante de Burdeos! Y la presencia de Arsène Lupin se afirmaba una vez más, ¡y por qué acto tan temible!

Fue el terror. Ya no se atrevía uno a quedarse solo en su camarote, ni tampoco a aventurarse solo en los lugares demasiado apartados. Prudentemente, la gente se agrupaba entre personas seguras las unas de las otras. Y aun así, una desconfianza instintiva dividía a los más íntimos. Es que la amenaza no provenía de un individuo aislado, vigilado y por ello mismo menos peligroso. Arsène Lupin, ahora, era... era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser sucesivamente el respetable mayor Rawson, o el noble marqués de Raverdan, o incluso, pues ya no se detenían en la inicial acusadora, tal o cual persona conocida de todos, con mujer, hijos, sirvientes.

Los primeros despachos inalámbricos no trajeron ninguna novedad. Al menos, el comandante no nos las comunicó, y tal silencio no era para tranquilizarnos.

Así, el último día pareció interminable. Se vivía en la espera ansiosa de una desgracia. Esta vez, no sería un robo, no sería una simple agresión, sería el crimen, el asesinato. No se admitía que Arsène Lupin se contentara con esos dos hurtos insignificantes. Dueño absoluto del navío, con las autoridades reducidas a la impotencia, no tenía más que querer, todo le estaba permitido, disponía de los bienes y de las vidas.

Horas deliciosas para mí, lo confieso, pues me valieron la confianza de miss Nelly. Impresionada por tantos acontecimientos, de naturaleza ya inquieta, buscó espontáneamente a mi lado una protección, una seguridad que yo estaba feliz de ofrecerle.

En el fondo, yo bendecía a Arsène Lupin. ¿No era él quien nos acercaba? ¿No era gracias a él que tenía derecho a abandonarme a los más bellos sueños? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son de buena estirpe poitevina, pero su blasón está algo desdorado, y no me parece indigno de un gentilhombre pensar en devolver a su nombre el lustre perdido.

Y estos sueños, lo sentía, no ofuscaban a Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos. La dulzura de su voz me decía que esperara.

Y hasta el último momento, acodados en las barandillas, permanecimos el uno junto al otro, mientras la línea de las costas americanas navegaba hacia nosotros.

Se habían interrumpido los registros. Se esperaba. Desde la primera clase hasta el entrepuente donde se agolpaban los emigrantes, se esperaba el minuto supremo en que se explicaría por fin el insoluble enigma. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se escondía el famoso Arsène Lupin?

Y ese minuto supremo llegó. Aunque viviera cien años, no olvidaré el más ínfimo detalle.

— ¡Qué pálida está, miss Nelly! —le dije a mi compañera que se apoyaba en mi brazo, desfallecida.

— ¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah, está usted tan cambiado!

— ¡Imagínese! Este minuto es apasionante, y estoy tan feliz de vivirlo junto a usted, miss Nelly. Me parece que su recuerdo se detendrá a veces...

No escuchaba, jadeante y febril. La pasarela descendió. Pero antes de que tuviéramos la libertad de cruzarla, subió gente a bordo, aduaneros, hombres de uniforme, carteros.

Miss Nelly balbuceó:

— Si se descubriera que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía, no me sorprendería.

— Quizá ha preferido la muerte a la deshonra, y sumergirse en el Atlántico antes que ser arrestado.

— No se ría —dijo ella, molesta.

De repente me estremecí, y como me preguntaba, le dije:

— ¿Ve a ese viejecito de pie al extremo de la pasarela?

— ¿Con un paraguas y una levita verde oliva?

— Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía, el que ha jurado que Arsène Lupin sería arrestado por su propia mano. ¡Ah! Comprendo que no se hayan tenido noticias de este lado del océano. ¡Ganimard estaba aquí! Y a él le gusta que nadie se ocupe de sus pequeños asuntos.

—¿Entonces es seguro que Arsène Lupin será atrapado?

—¿Quién sabe? Ganimard nunca lo ha visto, al parecer, más que maquillado y disfrazado. A menos que conozca su nombre falso...

—¡Ah! —dijo ella, con esa curiosidad un poco cruel de la mujer—, ¡si pudiera asistir al arresto!

—Paciencia. Seguramente Arsène Lupin ya ha notado la presencia de su enemigo. Preferirá salir entre los últimos, cuando el ojo del viejo esté cansado.

El desembarco comenzó. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la multitud que se agolpaba entre las dos barandillas. Noté que un oficial del barco, apostado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

El marqués de Raverdan, el mayor Rawson, el italiano Rivolta, desfilaron, y otros, y muchos otros... Y vi a Rozaine que se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía recuperado de sus desventuras!

—Quizá sea él de todos modos —me dijo miss Nelly—. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que sería muy interesante tener en una misma fotografía a Ganimard y a Rozaine. Tome mi cámara, voy tan cargado.

Se la di, pero demasiado tarde para que la usara. Rozaine pasaba. El oficial se inclinó al oído de Ganimard, este se encogió ligeramente de hombros, y Rozaine pasó.

Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —dijo ella en voz alta—, ¿quién es?

No quedaban más que una veintena de personas. Las observaba una a una, con el temor confuso de que él no estuviera entre esas veinte personas.

Le dije:

—No podemos esperar más.

Ella avanzó. La seguí. Pero no habíamos dado diez pasos cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Y bien, ¿qué pasa? —exclamé.

—Un momento, señor, ¿qué prisa tiene?

—Acompaño a la señorita.

—Un momento —repitió con una voz más imperiosa.

Me escrutó profundamente, luego me dijo, mirándome a los ojos:

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Me eché a reír.

—No, Bernard d'Andrézy, simplemente.

—Bernard d'Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d'Andrézy estuviera muerto, yo ya no estaría en este mundo. Y no es el caso. Aquí están mis papeles.

—Son los suyos. Cómo los tiene, es lo que tendré el placer de explicarle.

—¡Pero está usted loco! Arsène Lupin se embarcó bajo el nombre de R.

—Sí, otro truco suyo, una pista falsa sobre la que los lanzó, allá. ¡Ah, tiene usted una fuerza increíble, mi pillo! Pero esta vez, la suerte ha cambiado. Vamos, Lupin, muéstrese buen jugador.

Dudé un segundo. De un golpe seco, me golpeó en el antebrazo derecho. Lancé un grito de dolor. Había golpeado sobre la herida aún mal cerrada que señalaba el telegrama.

Vamos, había que resignarse. Me volví hacia miss Nelly. Escuchaba, lívida, tambaleante.

Su mirada se encontró con la mía, luego bajó hacia la Kodak que le había entregado. Hizo un gesto brusco, y tuve la impresión, tuve la certeza de que lo comprendía todo de repente. Sí, estaba allí, entre las estrechas paredes de chagrin negro, en el hueco del pequeño objeto que había tenido la precau-

ción de depositar en sus manos antes de que Ganimard me arrestara, era allí donde se encontraban los veinte mil francos de Rozaine, las perlas y los diamantes de lady Jerland.

¡Ah, lo juro, en ese momento solemne, mientras Ganimard y dos de sus acólitos me rodeaban, todo me fue indiferente, mi arresto, la hostilidad de la gente, todo, excepto esto: la resolución que iba a tomar miss Nelly sobre lo que le había confiado.

Que tuvieran contra mí esa prueba material y decisiva, ni siquiera pensaba en temerlo, pero esa prueba, ¿se decidiría miss Nelly a proporcionarla?

¿Sería traicionado por ella? ¿Perdido por ella? ¿Actuaría como una enemiga que no perdona, o bien como una mujer que recuerda y cuyo desprecio se suaviza con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Pasó delante de mí, la saludé muy bajo, sin una palabra. Mezclada con los otros viajeros, se dirigió hacia la pasarela, con mi Kodak en la mano.

Sin duda, pensé, no se atreve, en público. Será dentro de una hora, dentro de un instante, cuando lo entregará.

Pero, llegada al medio de la pasarela, con un movimiento de torpeza simulada, lo dejó caer al agua, entre el muro del muelle y el costado del navío.

Luego, la vi alejarse.

Su bonita silueta se perdió en la multitud, me apareció de nuevo y desapareció. Estaba acabado, acabado para siempre.

Un instante, permanecí inmóvil, triste a la vez y penetrado de una dulce ternura, luego suspiré, para gran asombro de Ganimard:

—Lástima, de todos modos, no ser un hombre honrado...

Es así como una noche de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su arresto. El azar de incidentes cuyo relato escribiré algún día había anudado entre nosotros lazos... ¿diré de amistad? Sí, me atrevo a creer que Arsène Lupin me honra con alguna amistad, y que es por amistad por lo que a veces llega a mi casa de improviso, trayendo, en el silencio de mi despacho, su alegría juvenil, el resplandor de su vida ardiente, su buen humor de hombre para quien el destino no tiene más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo podría hacerlo? Veinte veces he visto a Arsène Lupin, y veinte veces es un ser diferente el que se me ha aparecido... o más bien el mismo ser del que veinte espejos me habrían devuelto otras tantas imágenes deformadas, cada una con sus ojos particulares, su forma especial de rostro, su gesto propio, su silueta y su carácter.

— Yo mismo — me dijo —, ya no sé muy bien quién soy. En un espejo ya no me reconozco.

Broma, ciertamente, y paradoja, pero verdad con respecto a quienes se encuentran con él y que ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte del maquillaje, su prodigiosa facultad de transformar hasta las proporciones de su rostro, y de alterar la relación misma de sus rasgos entre sí.

— ¿Por qué — dijo aún — habría de tener una apariencia definida? ¿Por qué no evitar este peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me designan suficientemente.

Y precisa con una punta de orgullo:

— Tanto mejor si nunca se puede decir con toda certeza: he aquí a Arsène Lupin. Lo esencial es que se diga sin temor a equivocarse: Arsène Lupin ha hecho esto.

Son algunos de estos actos, algunas de estas aventuras las que intento reconstituir, según las confidencias con las que tuvo la gentileza de favorecerme, ciertas noches de invierno, en el silencio de mi despacho...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB